

KURT VONNEGUT TRADUCIDO EN LA ARGENTINA

El humor feroz de un pesimista incómodo

Fue uno de los grandes escritores norteamericanos del siglo XX. Su obra se pasea entre la ironía, los personajes desopilantes y un leve coqueteo con la ciencia ficción. Una editorial local rescató su primer éxito, *Cuna de gato*.

Escribe **Elvio E. Gandolfo**

El músculo que han ido adquiriendo los numerosos sellos argentinos de tamaño entre pequeño y mediano se ha visto reflejado en la cantidad cada vez mayor de traducciones, devolviéndole cierta dinámica a ese rubro casi eliminado durante largo tiempo por la absorción masiva de derechos del mercado español. Una prueba es la reciente traducción de *Cuna de gato* (1963), la primera novela exitosa de Kurt Vonnegut, editada por La Bestia Equilátera. La versión es de Carlos Gardini. Pronto se dará a conocer una versión de *Desayuno de campeones* (1973), que integra con *Cuna...* un dúo de obras inclasificables del gran autor de *Matadero cinco*.

Cuando uno hojea el libro, o cuando conoce parte de su estructura, es imposible no pensar en un clásico “libro” (más que novela), de los años sesenta. Cruce de humor, filosofía y visión negra de la raza humana, tiene 127 capítulos breves. Incluye numerosos conceptos especiales elaborados por una religión particular de la pequeña isla de San Lorenzo: el “bokononismo”, fundada lógicamente por Bokonon. Cuando el libro comienza, el protagonista y narrador, John (o Jonás) está empeñado en recopilar lo que estaban haciendo distintos personajes el día en que estalló la bomba atómica sobre Hiroshima. La primera página tiene párrafos brevísimos (a veces de dos o tres líneas) que aportan numerosa información. Jonás (o John) calcula, por ejemplo: “Cuando yo era mucho más joven, hace dos esposas, hace doscientos cincuenta mil cigarrillos, hace tres mil litros de alcohol...”. Después aclara que cuando imaginó su

libro (*El día en que terminó el mundo*), ese libro “sería cristiano. Entonces yo era cristiano. Ahora soy bokononista”.

A pesar de esa estructura diversificada y llena de encrucijadas, se trata de uno de los títulos más contruados en su trama por Vonnegut. Antes había dado a conocer *La pianola* (1952), *Las sirenas de Titán* (1959) y *Madre noche* (1961). En ellos, Vonnegut hizo un uso creativo y personal de elementos de la ciencia ficción. Incluso estuvo nominado para los famosos premios Hugo y Nebula en dos ocasiones. Sin embargo después negó cada vez con más convicción su pertenencia a ella.

Un recurso que une los hilos del argumento es la familia del Dr. Hoenikkeer, uno de los supuestos inventores de la bomba atómica (en realidad inventado a su vez por Vonnegut). A través de los distintos hijos del científico, John pronto se ve encaminado, junto



Su madre, Edith Lieber, se suicidó con una mezcla de alcohol y pastillas, el Día de la Madre de 1944. En 1984, Vonnegut trató de imitarla.

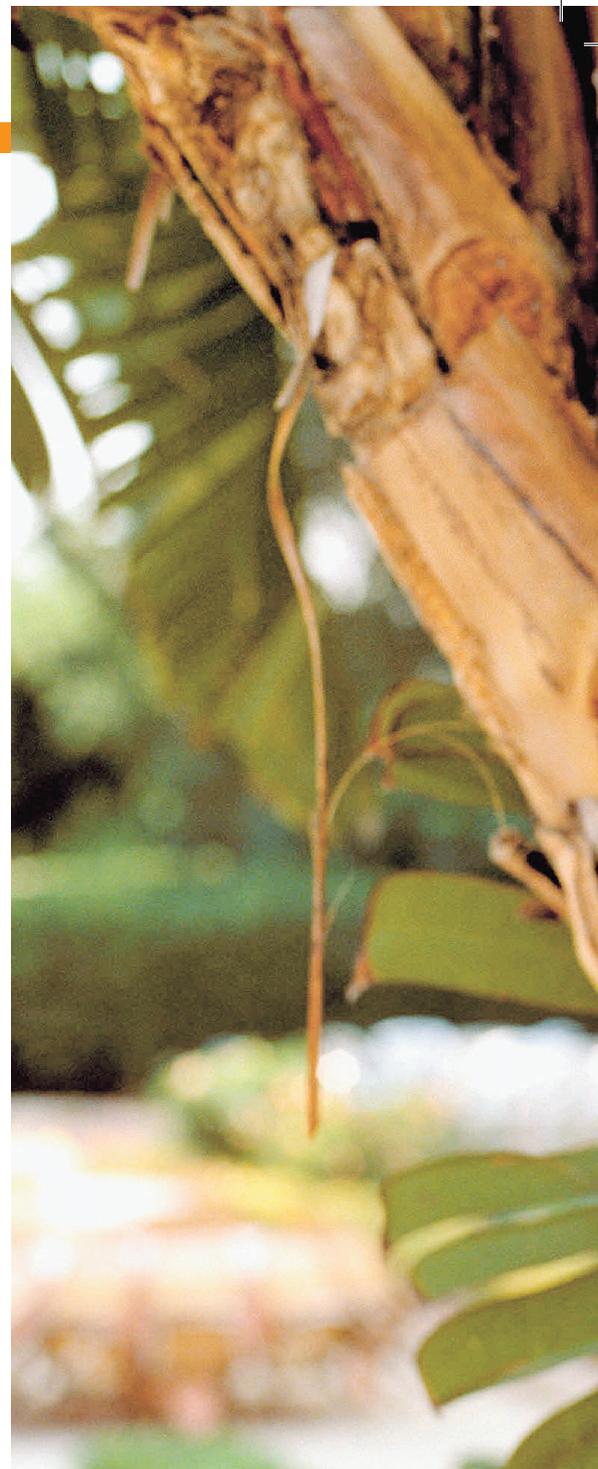
con un grupo de personajes diversos, hacia la isla de San Lorenzo y su bokononismo. Pronto la isla se convierte en un despliegue desopilante o contradictorio de datos sobre una típica dictadura latinoamericana disfrazada de democracia y dependiente de Estados Unidos (muy en el estilo de la película *Bananas* de Woody Allen). La “cuna de gato” del título es la forma que construyen un par de manos con hilos que se van cruzando, actividad ociosa un poco menos célebre para los latinos que para los anglo-

sajones. Aunque como aclara el capítulo 74, del mismo título: “-No es de extrañar que los niños se vuelvan locos. Una cuna de gato es solo un puñado de equis entre las manos de alguien, y los pequeños miran y miran esas equis...”

-¿Y?

-No hay gato, no hay cuna”.

En muchas de sus obras más conocidas (en especial *Matadero cinco*, 1969), el propio Vonnegut se divierte y sufre al mismo tiempo mostrando un aparente sentido que en realidad oculta un abismo demasiado cercano a la nada, o, dicho de otra forma, a la depresión provocada por la insondable capacidad humana para joderse la vida, propia o de los demás. Un buen ejemplo, para él, habían sido sus propios padres. Aunque Vonnegut nunca escribió su auto-

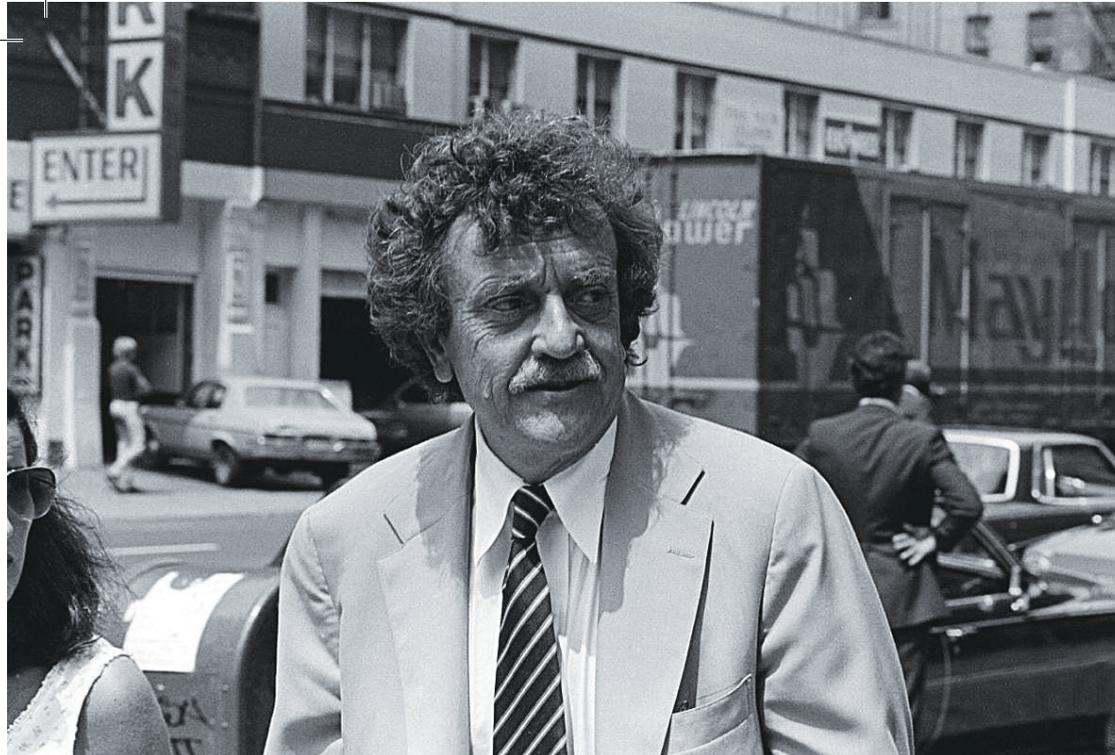




biografía, su obra está llena de elementos directos o indirectos que la van pintando. Nacido en 1922, tenía antepasados alemanes que llegaron a desarrollar intrincadas carreras comerciales o científicas en Indiana. Se suele mencionar con frecuencia el bombardeo sistemático de la ciudad de Dresde en la Segunda Guerra Mundial (como prisionero de guerra, Vonnegut estuvo refugiado en un frigorífico subterráneo), como uno de los hechos incomprensibles que gatillaron la depresión que solía invadirlo y que combatía con su humor áspero, cortante, que arranca más carcajadas que sonrisas. Pero antes había recibido un golpe mortal en su propia familia. Cuando estaba por irse a la guerra, su madre Edith Lieber se suicidó con una mezcla de alcohol y pastillas, el Día de la Madre de 1944. En

1984, cuarenta años después, su hijo Kurt trató de imitarla con la misma mezcla, por suerte sin éxito: escribiría cuatro libros más, el mejor de los cuales es *Barbazul*, la supuesta autobiografía de un pintor expresionista abstracto: Rabo Karabekian. Muy cercano a sus hermanos, sobre todo a su hermana Alice, cuando ella murió de cáncer, Vonnegut se hizo cargo de sus tres hijos, que se sumaron a los tres hijos propios, más un hijo adoptado al final. Uno de ellos, Mark, pediatra, escribió dos libros de cierto éxito. Lo había bautizado así por el amor que sintió siempre por Mark Twain. Vonnegut nunca negó el papel fuertemente terapéutico que tuvo para él la literatura. La conoció al principio en una casa donde había libros de todo tipo, y un ambiente fértil para el arte. Desde siempre admiró

las cartas de su padre o de su hermana, junto a las cuales su obra le parecía torpe. Cuando le subrayó a su hermana su talento y que debía aprovecharlo, ella le dio una respuesta femenina que lo dejó fascinado: se podía tener talento sin la necesidad compulsiva de ejercerlo. “Tengo dos hijas tan talentosas como ella”, comentó su hermano, “y ninguna de las dos está dispuesta a perder el sueño o el sentido del humor para aferrar su talento y correr desesperadamente lo más lejos y rápido posible”. Él en cambio, no bien vendió dos o tres cuentos (con pagos crecientes) abandonó el trabajo que tenía en la General Electric, y se dedicó a escribir. Pasaron muchos años antes de que alcanzara primero el éxito de venta (con *Cuna de gato* y *Desayuno de campeones*), después la consagración



>> **Popular.** Kurt Vonnegut supo combinar una obra literaria de calidad con el reconocimiento de un público amplio.

literaria, con *Matadero cinco*, que le valió la nominación al Nobel de Literatura. Cuando vendió bien por primera vez tenía 41 años, cuando hizo su obra maestra, certificada por críticos y pares, 47.

Sin exagerar

Vonnegut supo captar mejor que muchos el alto grado de absurdo de la sociedad estadounidense, la mezcla a veces intensa de lo alto y lo bajo (gran parte del bokonismo se expresa en la letra de calipso). Por otra parte trató de ver siempre claro su propio papel, los límites de la literatura y de la fama literaria. Admiraba en Norman Mailer que no se había dejado triturar por la fama temprana. Cuando se leen varios de sus libros en vez de solo uno o dos, resulta admirable la paciencia y vigor con que combate su propia tendencia al pesimismo, la depresión o la melancolía. Más de una vez la risa se vuelve dolorosa, tanto para él como para quien lee. Llama la atención, cuando se recorren panoramas críticos sobre la literatura norteamericana de posguerra, que su nombre rara vez figure. Seguramente se ganó el rechazo y las barreras de aduana: ganaba demasiado, había alcanzado la estatura de un tótem cultural, y no tenía pelos en la lengua. Además consideraba que su religión, como la de sus padres, era el ateísmo, rasgo definitorio en Estados Unidos, sociedad mucho más religiosa de lo que se cree. Sus libros fueron quemados en una escuela, y prohibidos en muchas otras, sin sentido ninguno entre la acusación (pornografía) y el libro (*Matadero cinco*). Entre otras cosas, ese libro fue una bandera para los que se oponían a la guerra de Vietnam. En un artículo memorable cuenta la única vez en que su

padre le pegó, desentrañando la relación entre la estatura social y el ocultamiento. Unos amigos “finos” de sus padres seguían teniendo dinero en plena Depresión, y los insultó no con malas palabras, sino al preguntarle de dónde habían sacado ese dinero. A su vez, cuando escribió un libro realmente malo (*Payasadas*, 1976), lo irritó que lo tomaran para tratar de hundir toda su obra, y a quienes la habían defendido. Irónico, dijo que solo había sido maltratado por *The New York Times*, *Time*, *The New*

Los argumentos básicos

“Mi amigo Borden Deal escribió hace poco una novela gótica para divertirse. Le pregunté cómo era el argumento y lo resumió así: ‘Una mujer joven empieza a trabajar en una casa vieja y pierde la bombacha en un momento de terror.’”

“Los otros argumentos no son muy divertidos de contar: alguien se mete en problemas y los soluciona; alguien pierde algo y lo recupera; alguien es injuriado y se vengó; Cenicienta; alguien resbala y cae y cae y cae; dos personas se enamoran y un montón de gente se interpone; una persona virtuosa es falsamente acusada de pecar; una persona pecadora es considerada virtuosa; una persona enfrenta valientemente un desafío y triunfa o fracasa; una persona miente; una persona roba; una persona mata; una persona fornicó.”

“Le garantizo que ningún proyecto narrativo moderno –incluso los que carecen de argumento– satisfará genuinamente al lector... a menos que uno de esos argumentos pasados de moda se filtre por algún resquicio.”

Kurt Vonnegut

York Review of Books, *The Village Voice* y *Rolling Stone* (las publicaciones clave). “El crítico del *Times* del domingo les exigió a los críticos que me habían elogiado en el pasado que admitieran en público lo equivocados que estaban”, recordó. “Nunca me sentí peor en mi vida. Me sentía como si otra vez estuviera en Alemania, durmiendo parado en un vagón”. Asombrados, le preguntan si fue para tanto. Rápido para la réplica, contestó: “No. Pero sí lo suficiente. Repentinamente, los críticos querían



Sus libros fueron quemados en una escuela, y prohibidos en otras, sin sentido ninguno entre la acusación (pornografía) y el libro (*Matadero cinco*).

que me aplastaran como a un gusano”. Y veía claro otro rasgo: “La queja implícita era que yo era un bárbaro, que escribía sin haber realizado un estudio sistemático de la gran literatura, que no era un caballero porque había escrito alegremente para revistas vulgares... que no había pagado mis impuestos académicos”. Por su parte, creía en cambio que los escritores podían estar en los Departamentos de Química, Zoología, Astronomía, Física y todas las facultades de Medicina y Derecho: “Creo que puede ser tremendamente refrescante que un creador de literatura tenga en la cabeza otra cosa que no sean la historia de la literatura y sus alledaños”.

Vonnegut escribió una especie de decálogo para escribir cuentos, un poco confuso. Creía ser tan bárbaro que “creo posible desarmar una narración como se desarma un Ford T”. Fue un fumador inveterado de cigarrillos Pall Mall sin filtro. Trató de dejarlo dos veces: “Una vez lo hice de golpe... y me transformé en Papá Noel. Me puse rechoncho”. La segunda vez fue peor. Asistió a una institución para dejar de fumar y lo logró. “El único problema era que también me había vuelto loco. Me sentía soberanamente feliz y orgulloso, pero los que estaban cerca de mí me encontraban insoportablemente terco, abrupto y ruidoso. Además, había dejado de escribir”. Para ser tan fumador, tuvo una vida larga: murió a los 84 años. La causa fue tan absurda como los destinos de muchos de sus personajes (sobre todo los secundarios): alto y desgarrado, se precipitó por una escalera y lo mataron los golpes que recibió en la cabeza, el 11 de abril de 2007. ♦

info@elguardian.com.ar